

CAPÍTULO VIII

Julio II como Mecenas de las artes.—Su actitud respecto de la ciencia y la literatura.—Nueva edificación de la iglesia de San Pedro y del Vaticano.—Bramante como director de las empresas arquitectónicas de Julio II.—Patio de las estatuas en el Belvedere del Vaticano.—Descubrimiento de antigüedades.—Construcciones en los Estados de la Iglesia.—Maravillas de la nueva Roma de Julio II.

Cuán amplio fuera el espíritu, y cuán poderosa la energía del extraordinario varón, que desde el año de 1503 ocupaba la silla de San Pedro, lo muestra principalmente el hecho de haber Julio II, en medio de los apuros é inquietudes políticas y eclesiásticas, y hasta con las armas en la mano, fomentado por grandiosa manera las artes de la paz. Roma era ya á principios del siglo XVI una de las más hermosas é interesantes ciudades del mundo; la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento se hallaban brillantemente representados por medio de importantes obras de arte (1); pero su propia y más alta magnificencia, y su completa significación como centro ideal para todos los amigos de lo sublime, las debió la Capital del mundo al Mecenas de Bramante, de Miguel Angel y de Rafael; al poderoso Papa, que ya en el tiempo de su cardenalato se había mostrado amigo de las artes y favo-

(1) Cf. Müntz, Raphael 261 s. V. también Cian, Cortegiano 165.

recedor de los artistas (1). En su época se echaron los fundamentos de aquellas inmortales obras de arte, y magníficas creaciones de la arquitectura, la escultura y la pintura, en las cuales consiste, no en su menor parte, el mágico encanto de la Ciudad Eterna; en cuya alabanza no se han cansado los pensadores y los poetas.

Julio II tomó como inmediato punto de partida de sus proyectos artísticos, los de sus predecesores Nicolao V y Sixto IV (2); también él quería encarnar la grandeza de su posición religiosa, política é internacional, en las más esplendorosas obras de la arquitectura, pintura y escultura, y asegurar á la Iglesia, en medio de la poderosa corriente del Renacimiento, el espiritual señorio del mundo, haciendo de Roma el centro de la vida artística. Lo propio que en Nicolao V, no fué el resorte impulsivo de la grandiosa actividad de este Papa el deseo de la gloria póstuma, ó las aficiones personales; su mecenazgo estribaba en más altos, extensos y universales puntos de vista. Así como su actividad política no se propuso otra cosa sino el asegurar y engrandecer los estados temporales de la Santa Sede, así también parece haber sido objetivo de su grandiosa actividad artística, ante todo la glorificación de la Iglesia y el Papado. Mientras en las demás Cortes italianas, las artes (cuyo aumento y favor pertenecía esencialmente al ideal de un príncipe de la época del Renacimiento), tuvieron casi por exclusivo objeto la glorificación personal de sus ilustres protectores; el arte romano adquiere en tiempo de Julio II un carácter infinitamente superior y peculiarmente universal; y al poner la Antigüedad (conciliándola de una manera perfectamente harmónica con el espíritu del Cristianismo), al servicio de las más augustas grandezas, esto es, de la Iglesia y el Papado; le comunica una importancia trascendental en la historia de la cultura (3).

A pesar de toda la semejanza entre las aspiraciones de Nicolao V con las de Julio II, se advierten, no obstante, entre ellos, muchas diferencias de pormenor. Nicolao V había fomentado por igual

(1) Cf. arriba vol. V, p. 329, 370 s., y en éste, p. 121.

(2) Grassis dice una vez, que Julio II emuló en todo con su tío; v. Steinmann en la Allg. Zeitung 1897, Beil. n.º 125. Wickhoff en el Jahrb. d. preuss. Kunstsamm. XIV, 61 muestra, cuán celebrado fué Sixto IV en la corte de Julio II.

(3) V. Springer 102-103 (2.ª edición I, 142-143). Cf. también en el apéndice, n.º 130, las *expresiones del Papa acerca de la construcción de S. Pedro, que nos ha conservado Egidio de Viterbo. *Bibl. Angélica de Roma*.

manera las ciencias y las artes, al paso que Julio II concedió la preferencia á las artes sobre la Literatura, todavía más que su tío Sixto IV. Antes que esto se manifestara, habíanse entregado los humanistas á las más lisonjeras esperanzas; desde las más diversas partes de Italia se dirigían al Vaticano poéticos homenajes; y entre los trabajos de este género, se han conservado algunos de Pomponio Gaurico, Juan Aurelio Augurello, Lancino Corte, Antonio Mancinelli y Marcantonio Casanova. De la manera entonces acostumbrada, se celebra en ellos al Papa nuevamente elegido, esperando de su liberalidad la felicidad suma: la vuelta de la edad de oro (1).

Pero, ¿tenían semejantes esperanzas probabilidad de cumplirse? Las extraordinarias dificultades con que, luego después de su ascensión al trono, tuvo que luchar el heredero de los Borja, y las guerras que también más adelante hicieron la época de su reinado tan tormentosa é intranquila, hubieron de impedir el fomento de los trabajos literarios; á pesar de lo cual, Julio II, á quien se ha acostumbrado á considerar principalmente como el Papa guerrero y gran Mecenas de las artes, hizo asimismo por las ciencias mucho más de lo que ordinariamente se suele suponer, y también en este concepto allanó los caminos á su sucesor, y le preparó decisivas sugerencias (2); lo cual se ha de entender especialmente de los últimos tiempos de su reinado, cuando, gracias á su sabia política financiera, había ya superado las dificultades económicas de los principios.

Sin duda alguna no fué Julio II personalmente un erudito, por más que hubiese hecho estudios jurídicos en Perusa (3), y hubiera adquirido asimismo cierto conocimiento de los clásicos, en términos que acertara en un viaje á citar oportunamente un pasaje de Virgilio (4); pero su formación no era, sin embargo, de suerte que, como su tío Sixto IV, pudiera por sí mismo tomar parte en el movimiento literario, ni, como su sucesor, ejercer en el mismo inmediato influjo (5). Cuál fuera la formación del Papa, lo indica

(1) Sobre estas poesías, cf. los datos, muy dignos de agradecerse, que trae Cian en el *Giorn. d. Lett. ital.* XXIX, 442.

(2) Cf. Reumont III, 2, 318 s.

(3) V. F. Patetta, *Nota sopra alcuni mss. delle Istituzioni di Giustiniano*, en el *Bullett. dell' Ist. di diritto romano*. Roma 1891.

(4) Cf. arriba p. 205.

(5) V. Reumont III, 2, 319.

bien en pocas palabras un alemán, que por entonces vivía en Roma, el cual dice: «Que Julio II era un varón de grande prudencia, previsión y agudeza tal, que apenas se hallaría otro que pudiera comparársele; lo cual era tanto más sorprendente, cuanto por otra parte no se distinguía por una grande erudición; su fuerte no estaba tanto en una profunda formación literaria, cuanto en las dotes naturales de su espíritu» (1). Cuán exacto sea este juicio, lo muestra un hecho notable, cuya memoria nos ha transmitido Paris de Grassis. Conforme á la relación de éste, había Pío II introducido la costumbre de que los papas contestaran personalmente á los discursos, en ciertas ocasiones, principalmente en la recepción de embajadores; ya en el reinado de Paulo II, que no poseía, ni con mucha distancia, las dotes oratorias de su predecesor, produjo esta costumbre penosos incidentes, quedándose el Papa atajado repetidas veces. Sixto IV había sido también buen orador, mientras que Inocencio y Alejandro (2) compartieron asimismo la suerte de Paulo. «Por lo que á Julio II se refiere, continúa Grassis, no quiero hablar; porque, aun cuando se esforzaba, con tres días de anticipación, por aprender de memoria sus discursos, sin embargo, cuando había de improvisar en consistorio parecía medio muerto, de suerte que yo tenía que acudir en su ayuda, viéndole quedarse como tullido en todos sus miembros y en grande confusión» (3). En una época en que los conceptos de instrucción y elocuencia se identificaban completamente (4), debía producir tal defecto particular extrañeza. Mas en todo caso, estos datos bien averiguados muestran, cuán poco había podido adelantar Julio II en su formación humanística, en medio del tráfigo de los negocios.

A pesar de todo, no se mostró en manera alguna adverso á las ciencias y á los hombres doctos, en especial á los humanistas, como lo demuestra toda una larga serie de hechos bien probados. Ante todo es digna de gloriosa mención su solicitud por las uni-

(1) V. el pasaje del *diario de Cornelius de Fine, en el apéndice, n.º 131. (*Biblioteca nacional de París.*)

(2) Cuando era cardenal, el mismo había sabido hablar con expedición; v. vol. V, p. 367.

(3) Cf. este pasaje en el apéndice, n.º 132. (*Bibl. Rossiana de Viena.*)

(4) V. Norden, *Die antike Kunstprosa vom 6. Jahrhundert bis in die Zeit der Renaissance II* (Leipzig 1898), 763.

versidades de Lisboa (1), Perusa (2) y Roma. En esta última se continuó la nueva construcción del edificio, y en 1512 se confirmaron, por una bula especial, las antiguas constituciones, y se prohibió emplear para fines diferentes las rentas de la Ciudad asignadas para mantenimiento de los estudios. En la elección de los profesores se dió particular preferencia á los juristas. Ludovico Bolognini, Juan Gozzadini y Marcos Vigerio, debieron á Julio II su posición y distinciones; al último de ellos le otorgó el Papa la púrpura cardenalicia en 1505, siendo aquélla la primera vez en que tal dignidad se hubiese concedido á un profesor de la Universidad de Roma (3). También se distinguía como jurista Antonio Ciochi, condecorado asimismo en 1511 con la dignidad cardenalicia (4). El célebre teólogo Tomás de Vío obtuvo asimismo, en la época de Julio II, una cátedra en la Universidad romana (5).

No menor interés consagró el Papa á la reforma del Calendario, que ocupaba muy vivamente por entonces al mundo erudito, principalmente en Roma. El alma de aquellos trabajos era el sabio flamenco Pablo de Middelburg, obispo de Fossombrone desde 1494; el cual, habiendo sido hostilizado por muchos, á causa de sus trabajos sobre aquella cuestión, y acusado de menosprecio de las instituciones eclesiásticas, se defendió en vehementes escritos polémicos. Ya en 1488 manifestó, en su Apología dirigida á la Universidad de Lovaina, la opinión de que la reforma del Calendario no podría realizarse sino por el Papa en unión con el concilio universal. Desde 1508 acometió Julio II más resueltamente aquel negocio, incitado á ello por una obra de Pelegrino Prisciano; y asimismo Juan da Novara presentó también al Papa el mismo año un tratado referente á aquel asunto. Julio II encargó al último sabio mencionado, así como al conocido astrónomo Luca

(1) Corp. dipl. Portug. I, 56 sq.

(2) Ranke, Pápste I^o, 251,

(3) Sobre el Decacordum Christianum, que Vigerio dedicó al Papa, v. Wickhoff en el Jahrb. d. preuss. Kunstsamml. XIV, 61.

(4) En la casa de la ciudad de Montepulciano, hay una inscripción dedicada á: Antonio Montio Politiano admirabili in legibus interpretandis et equitate explicandis scientia ampliss. cardin. dignitatem ab Iulio II consecuto. *Inscriptiones sub insignis seu armis S. Pont. ac. ill. Cardinalium Politianor. depictis in aula mai. publ. palatii Politiani. Ms. del Archivo Ricci de Roma.

(5) Cf. Renazzi I, 186, 199, 213-214, 220, 222. Fea 68 s. Mazzuchelli II, 3, 1497. Reumont III, 2, 332. V. también en el apéndice, n.º 95, el *breve de 5 de Noviembre de 1507. Archivo secreto pontificio.

Gaurico el estudio de la cuestión; y á poco, un gran número de hombres doctos se ocupaba en aquella reforma, por la que se interesaba principalmente el cardenal Vigerio. Es verosímil haber Julio II instituido formalmente una comisión para estudiar dicha reforma, á cuya cabeza estaba Pablo Middelburg; lo cierto es que éste gozó de especial favor del Papa, y le persuadió, antes de la apertura del concilio de Letrán, á que tomara á pechos la reforma del Calendario. Pero Julio II no alcanzó ya la publicación de la grande obra de las «Paulina», la cual trata de aquella cuestión de una manera tan amplia como fundamental (1).

Entre los literatos humanistas con quienes mantuvo Julio II más estrechas relaciones, hemos de hacer mención, en primer lugar, de Segismundo de'Conti, que fué al propio tiempo el historiador de aquel enérgico Papa. Siendo de antiguo amigo de la familia Róvere, y habiéndose ejercitado también en la poesía, ocupa un puesto de honor entre los humanistas cristianos de aquel período (2). Todos los contemporáneos hablan con grandes elogios, así de su carácter como de su formación literaria. Ya en el reinado de Sixto IV había Segismundo estado en tan íntimas relaciones con el cardenal Juliano, que éste le llevó consigo á la legación de los Países Bajos, como secretario suyo. Luego después de su elevación á la Santa Sede, otorgó Julio II á su fiel servidor el cargo de Secretario particular, el cual desempeñó Segismundo hasta su muerte (18 de Febrero de 1512). Todavía actualmente dan elocuente testimonio de la actividad de Segismundo, centenares de breves firmados con los regulares y firmes trazos de su letra. Bembo hace notar con encomio, la fidelidad y diligencia con que Segismundo servía al Papa, y cuánto se distinguían los escritos redactados por él, por la elegancia de la dicción y la pureza del estilo; y cuán grande estima hiciera Bembo de estas últimas cualidades de Segismundo lo muestra el hecho de haberle enviado uno de sus trabajos, sometiéndolo á su examen crítico y corrección. Bembo atestigua expresamente, que el Papa amaba á su secretario con muy particular afecto. Cuán grande fuera la confianza que le dispensaba, se puede colegir de haber:

(1) V. el trabajo fundamental de D. Marzi, La questione della Riforma del Calendario (Firenze, 1896), 12-33.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 423 s. Para lo que sigue, cf. particularmente la introducción á la Historia de Sigismondo, como también Arch. st. ital. 4 serie, I, 71 ss.; XII, 265 s., y Gottlob en el Hist. Jahrb., VII, 309 s.

Segismundo, por encargo suyo, asistido á las largas é importantes deliberaciones de los cardenales con los embajadores de Venecia, las cuales fueron causa de que Julio II se retirara de la Liga de Cambray. Más adelante obtuvo también Segismundo el cargo de presidente de la fábrica de San Pedro, y sin duda en aquella colocación se puso en contacto con Rafael, quien por encargo suyo pintó la hermosa imagen votiva de la Madonna de Foligno, en la cual se ve al noble bienhechor arrodillado, con el traje de su oficio, á los pies de la Reina de los Cielos (1).

Segismundo vivía en la inmediata proximidad del Papa, con quien tenía que tratar casi diariamente, y fuera de esto poseía una pequeña finca rural en el Janículo. En aquel punto, el más hermoso de Roma, desde donde se descubre una maravillosa perspectiva, reunía Segismundo, en las horas de ocio, á sus amigos, á cuyo número pertenecían los más nobles ingenios y más exquisitamente cultivados de la Roma de entonces: Sadoletto, Bembo, Beroaldo y Alessandro d' Alessandro. También éste elogia la erudición é incansable constancia en el trabajo de Segismundo, el cual aprovechaba, para componer su grande obra histórica, el tiempo libre, avaramente limitado, que le dejaban los muchos negocios que tenía á su cargo. Dicha obra alcanzó, ya en el siglo XVI, tan grande fama, que hizo considerar á Segismundo como el más eminente historiador de su tiempo. Julio II llegó á formar el proyecto de conceder la púrpura á su secretario, pero la realización de este plan debió fracasar sin duda por estar Segismundo casado, y negarse su mujer á tomar el velo de religiosa (2).

A Segismundo sigue oportunamente su amigo *Sadoletto*. También este profundo erudito, cuya sólida piedad no se había menoscabado con el entusiasmo por los estudios clásicos, gozó el favor del segundo Papa Róvere, el cual, por recomendación del cardenal Caraffa, le concedió un canonicato en San Lorenzo (3). Asimismo atrajo sobre sí la atención de Julio II otro distinguido literato, que debía ser el principal representante de la elegancia humanística en la Corte de León X, es á saber: *Pedro*

(1) Cf. más abajo, capítulo 10.

(2) Los documentos particulares se hallan en la introducción á las *Storie de Sigismondo*, I, xxxiii ss.

(3) Además de Tiraboschi, *Bibl. Modenese*, IV (Módona, 1783), 425 s., cf. también Joly, J. Sadolet (Caën, 1857).

Bembo. Testigo de las esperanzas que había puesto Bembo en el Papa Róvere, es su pomposa composición á Julio II (1). Por medio de Gabriel de' Gabrielli, que gozaba en alto grado de la confianza del Papa, hizo saber á Julio II, ya en Noviembre de 1503, cuán grandes esperanzas tenía colocadas en él todo el mundo humanístico, y por este camino procuró una mayor aproximación (2). Pero las intranquilas circunstancias de la época hicieron imposible al Papa dispensar su protección á Bembo, por lo cual se dirigió éste á la Corte de Urbino, desde donde hizo frecuentes visitas á la Ciudad eterna y á sus amigos que allí vivían: Sadoletto, Camilo Porcio, Jacobo Gallo, Beroaldo é Inghirami. Por efecto de las recomendaciones de la duquesa de Urbino, del cardenal nepote Galeotto, y de Emilia Pía, había alcanzado ya en 1510 tan grandes favores del Papa, que pudo dedicarse completamente á sus estudios en una desahogada posición. Para mostrarse agradecido, resolvió dedicar al Papa su Diálogo sobre el duque Guidobaldo de Urbino; pero abandonó, sin embargo, aquel propósito, porque el mencionado trabajo no le pareció de importancia correspondiente á la grandeza de su augusto favorecedor (3). Mas antes que llegara á dedicar al Papa una grande obra, recibió de él un encargo tan difícil como honroso. En el año de 1512 había adquirido el Papa un manuscrito cuya escritura ningún erudito supo descifrar. Precisamente había ido Bembo por entonces á Roma, donde moraba en casa de Federico Fregoso, arzobispo de Salerno. A él se dió, pues, la incumbencia de resolver aquel enigma, y lo consiguió de hecho, mostrando que aquel códice, escrito con las abreviaturas romanas llamadas *notas tirónicas*, contenía un fragmento del Comentario de Hyginio *De Syderibus*. En una extensa carta, en la que ensalza á Julio II como fautor de las ciencias, refiere de una manera interesante, cómo logró esclarecer aquel misterio (4); y en recompensa recibió del Papa una rica prebenda en Bolonia (5). Cuán grande

(1) *Julii II Pontificatus maximus*, que se halla en Bembo, *Carminum libellus* (ed. Basil.) 169-170.

(2) Bembo *Epist. famil.*, II, 20 (ed. Basil. p. 462 sq.).

(3) V. la carta á Sigismondo de' Conti, ed. Basil., p. 563.

(4) *Epist. fam.*, V, 8, cf. Roscoe, II, 42 s.

(5) Mazzuchelli, II, 2, 738 s. A mi entender, el que al punto se le disputase á Bembo la posesión del beneficio, estuvo relacionado con la pronta muerte de Julio II.

prestigio gozara Bembo en Roma, lo muestra su recepción en la Academia. La misma distinción se concedió al modenés *Francisco María Molza*, que era, á par de Bembo, el más distinguido representante de la lírica italiana de entonces. Molza había ido á Roma ya el año de 1506 (1).

Para el ulterior florecimiento de la Academia Romana, que con la muerte de Pomponio Leto había perdido su principal apoyo y su propio centro, fué de importancia decisiva el favor que le dispensó el rico *Angelo Colocci*. Vástago de una noble familia de Jesi, y formado con el trato de Pontano y Sannazaro, habíase Colocci establecido en Roma á fines del siglo xv. Una rica y escogida biblioteca, una hermosa colección de estatuas, monedas, inscripciones y antiguallas, y todavía más que esto, la liberalidad y esplendor del propietario, que tomaba también por sí mismo una parte activa en la vida literaria; hacían su morada, erigida sobre las ruinas de los antiguos huertos de Salustio, el punto de reunión de los eruditos de toda Roma. Allí celebraban los académicos sus sesiones, en las cuales alternaba á veces lo serio con lo jocoso (2). Otro favorecedor de la Academia fué el prelado alemán Juan Goritz de Luxemburgo, cuya liberalidad y piedad alaban por demás los poetas contemporáneos; y asimismo se debe mencionar aquí al erudito y piadoso Egidio de Viterbo (3).

Otro núcleo de la culta sociedad de Roma, formaba el palacio del erudito conde Alberto Pío de Carpi, el cual representaba en la Corte romana á la Corona de Francia (4). Lo propio que él, fué también grande ornato de la Roma de Julio II, el ingenioso *Baltasar Castiglione*. Este varón, igualmente señalado como poeta, escritor y diplomático, vivió con frecuencia, desde el año 1505 en la Ciudad eterna, cuyas bellezas cantó en un celebrado poema; mas sus propios favorecedores eran los príncipes de Urbino, Guidobaldo y su sucesor Francisco María della Róvere (5). Los numerosos literatos de la Corte de Urbino, de la cual trazó Castiglione una imagen por demás atractiva en su *Cortegiano*, estaban

(1) Reumont, III, 2, 327. Cian en el Giorn. d. Lett. ital., XXIX, 441.

(2) Cf. Tiraboschi, VI, 3, 204 s. Reumont, III, 2, 325 s.

(3) Sobre Goritz y Egidio traerá todavía pormenores el IV tomo de la presente obra.

(4) Cf. Tiraboschi, Bibl. Mod., IV, 156 s., 175 s., y arriba p. 239.

(5) V. Martinati, B. Castiglione (Firenze, 1890), 14 ss. Reumont, III, 2, 327 s.

en estrechas relaciones con los de Roma, y este trato sugestivo de los artistas y literatos de la Ciudad eterna con los de la patria de Rafael, alcanzó en el reinado de Julio II una importancia trascendental para la Historia de la cultura (1). Asimismo tenía el mundo literario de Roma muchas y útiles relaciones con el círculo de Aldo Manuzio, á quien Julio II concedió un privilegio para prohibir la reimpresión de sus libros (2).

Tampoco en el Sacro Colegio faltaban personas que cultivaran y fomentaran la Literatura; lo cual puede principalmente decirse de Oliverio Caraffa, Domenico Grimani (3), Francisco Alidosi, Francisco Soderini, Adriano Castellesi (4), Juan de' Médici y Galeotto Franciotto della Róvere (5). En torno de los dos últimos mencionados, así como de madonna Felisa della Róvere (6), se congregaba un escogido círculo de literatos. Entre los que estuvieron en relaciones inmediatas con el Papa, hemos de mencionar, en primer lugar, aquellos de quienes admitió dedicatorias: los poetas Evangelista Maddaleni de' Capodiferro (7), Juan Antonio Flaminio (8), Andrés Navagero (9), Guido Postumo Silvestri (10),

(1) Cian, l. c., 441, justamente hace notar esto con mucha fuerza. Cuán importantes fueron para el arte las relaciones con Urbino, cf. sobre eso más abajo, donde se tratará este punto más por menudo.

(2) V. Nolhac en Studi e docum., VIII (1887), 269 s.; cf. 288. Didot, 333. Schück, 56.

(3) Sobre el recibimiento honorífico que Julio II preparó á Grimani, á quien mostró después su preciosa biblioteca, v. Nolhac, Erasme en Italie, 87 s.

(4) Este cardenal cantó la expedición de Julio á Bolonia; v. arriba p. 195, not. 2. En Bolonia tuvo también su origen la obra de Castellesi, que le ha granjeado su fama principal en la posteridad, conviene saber, el escrito *De sermone latino*, v. Gebhardt, 102 s. Durante su residencia en Bolonia, sacó también á luz el célebre escrito *De vera philosophia*, de que se ha hablado en el vol. V, p. 173 s.

(5) Reumont, III, 2, 331.

(6) Sobre los que frecuentaban el trato de Giov. de' Médici, se tratará en el tomo IV; sobre los literatos, que estaban en comunicación con Galeotto Franciotti della Róvere y Mad. Felice, v. Cian en el Giorn. d. Lett. ital., XXIX, 446-448. Cf. también de Nolhac en Studi e docum., VIII, 284, 286, 288; Nolhac, Bibl. de F. Orsini, 257, y Ciampi, Scip. Cateromaco (Pisa, 1811) 30 s.

(7) V. Tommasini en Mem. dei Lincei (Scienz. mor.) Cl. IV, 1 (1892), 3 ss., y Cian, l. c., 443-444.

(8) Cian, l. c., 444. Roscoe, II, 42 s.

(9) V. Geiger, Renaissance, 274.

(10) La generosidad que mostró Julio II con este poeta, que pertenecía al partido de los Bentivoglio, se la pagó él con una sátira, más tarde, cuando murió el poderoso Papa; v. Cian, 444-445.